

La fiera corrupta

Jesús Campos García

PERSONAJES

REY

CHAMBELÁN

CORTESANO 1º

CORTESANO 2º

MARÍA

MADRE

TERE

MARTÍN

BUENO

MERCA

VIEJO CONSEJERO

MANDATARIO

MESONERO

ALCAIDE

DONCELLA

SAN JORGE

PUEBLO

BAKALAEROS

DRAGONES

NOTA: Para la puesta en escena de esta obra es necesario un elenco mínimo de siete intérpretes que actúen y manipulen las marionetas y las sombras chinescas

ACTO PRIMERO

Escena Primera

Al son de la fanfarria, entra en escena un grupo de cortesanos amarionetados, un CHAMBELÁN lustroso y un REY de opereta que arenga a su pueblo con elocuencia muy profesional.

REY.- Ciudadanos, ciudadanas, campesinos...

CHAMBELÁN.- (Carraspea discreto.) Ejem, ejem.

REY.- (Encasquillado.) ... Campesinas, marineros...
marineras...

CHAMBELÁN.- (Con discreción.) Súbditos del Muermo.

REY.- (Que no encuentra el modo de arrancar.) ...
Aviadores, aviadoras...

CHAMBELÁN.- (Sin disimulo.) Súbditos del Muermo.

REY.- (Y al fin.) Súbditos del Muermo. Amuermaos todos.
Hace solo tres días que el Rey, mi padre, moría, víctima de tanto berrinche y sofocación, por tener que entregar el tributo de nuestra juventud al imperio de las alcantarillas.

CHAMBELÁN.- (Cobeando por lo bajo.) Vuestro padre era un hombre de Estado.

REY.- Cada noche del sábado noche, uno de nuestros hijos es devorado sin piedad por el Rey de la inmundicia, ese dragón sanguinario al que nadie ha visto, pero que habita bajo la ciudad **(En aparte recriminatorio dirigido al CHAMBELÁN.)** -no como los dragones de antaño, que merodeaban extramuros- **(Recuperando el tono general del discurso.)**; de ahí que sus turbulencias intestinales asciendan incesantes desde su bajo vientre hasta alcanzar, con insultante insolencia, los orificios de nuestra nariz olfatoria.

(Asentimiento general de los CORTESANOS, que aprovechan el comentario para pinzarse la nariz.)

REY.- Qué más hubiera querido el Rey, mi padre, que fulminar al enemigo nauseabundo, pero murió... de muerte natural.

CHAMBELÁN.- Ejem. Ejem.

REY.- Digo, de incompetencia natural.

(Desconcierto general de los CORTESANOS.)

REY.- Sí, por su natural incompetencia. ¿No? **(Pausa.)** ¿O era impotencia?

(Carraspeos surtidos.)

(Tras mirar la “chuleta”.) ¡Ya! ¡Ya! ¡Ya! Lo tengo, lo tengo, lo tengo. Por su soberana... magnificencia. **(Ufano.)** ¿Eh? **(Pausa.)** Y de pena. Eso. Murió de pena por las calamidades.

(Alivio de los CORTESANOS al ver que al fin encarrila el discurso.)

...y por la flatulencia.

(Asentimiento general.)

Mas como tras Rey muerto,
según reza la ley,
siempre viene un Rey puesto,
y atenerse a la ley es lo prudente,
ahora me toca a mí, que soy el Rey,
ser yo el incompetente.

(Nuevo desconcierto.)

CHAMBELÁN.- Competente, majestad, competente.

REY.- ¡Qué más dará? En terminando en “-ente”... **(Y tras mirar de nuevo la chuleta.)**

Quise decir: el príncipe valiente,

Que por expreso deseo de su gente

Tratará de paliar -en lo posible-

El apetito del dragón terrible.

TODOS.- ¡Bravo! **(Y continúa el clamor sobre los aplausos.)**

CHAMBELÁN.- ¡Viva el Rey!

TODOS.- ¡Viva!

UN CORTESANO.- Un poeta, eso es lo que es.

CHAMBELÁN.- ¡Viva el Muermo!

TODOS.- ¡Viva!

OTRO CORTESANO.- Sí, señor. Un poeta.

CHAMBELÁN.- ¡Viva el Rey del Muermo!

TODOS.- ¡Viva!

(Y al son de músicas imperiales, el REY abandona el estrado, el CHAMBELÁN disuelve, y tanto él como los CORTESANOS abandonan la escena mientras se hace el oscuro.)

Escena Segunda

El cortinaje de palacio se torna cortinilla que, al abrirse, nos muestra en el teatrillo de marionetas la casa de MARÍA.

MARÍA.- (Desde fuera.) ¡Mamá! ¡Mamá!

MADRE.- (Según entra.) ¿Qué quieres ahora?

MARÍA.- (Que entra tras ella.) ¡Mamá! ¡Mamá!

MADRE.- ¿Pero se puede saber qué es lo que quieres?

MARÍA.- ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá!

MADRE.- ¡Deja y a de llamarme mamá! Que me vas a borrar el nombre.

MARÍA.- Que me voy .

MADRE.- ¿Que te vas?

MARÍA.- Que me voy de excursión.

MADRE.- ¿Que te vas de excursión? ¿Cómo que te vas de excursión?

MARÍA.- Sí, que me voy de excursión.

MADRE.- ¡De excursión? ¡De excursión? No sé, no sé.

MARÍA.- Sí, porfa, que es muy diver.

MADRE.- ¿Y a dónde te vas de excursión?

MARÍA.- Al campo.

MADRE.- ¿Al campo? No sé, no sé.

MARÍA.- Anda, porfa.

MADRE.- ¿Y con quién te vas de excursión?

MARÍA.- Con Tere y con Martín.

MADRE.- ¡Con Tere y con Martín?

MARÍA.- ¡Sí!

MADRE.- ¡Ja! Que te crees tú eso.

MARÍA.- ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

MADRE.- Tú te quedas en casa.

MARÍA.- ¡No! ¡No! ¡No!

MADRE.- Vamos que si te quedas. O si no, ya verás cuando venga tu padre.

MARÍA.- Son muy divertidos.

MADRE.- ¿Divertidos? ¡Unos zangolotinos! Eso es lo que son.

MARÍA.- Y muy obedientes.

MADRE- ¡De la piel del diablo! A ese Martín lo hicieron de la piel del diablo, y a Tere... de lo que les sobró.

MARÍA- Pero si no hacemos nada malo.

MADRE- ¿Nada malo? Te voy a dar yo a ti “nada malo”.

MARÍA- A Bueno, lo dejan.

MADRE- ¿Bueno? ¿Has dicho Bueno?

MARÍA- Bueno saca muy buenas notas.

MADRE- ¿Y dices que lo dejan?

MARÍA- Sí.

MADRE- No sé, no sé.

MARÍA- Iríamos los cuatro.

MADRE- No sé, no sé.

MARÍA- Anda, porfa.

MADRE- Bueno, si dices que va Bueno...

MARÍA- ¡Yupi!

MADRE- Pero a las siete aquí.

MARÍA- A las siete, a las siete, a las siete.

MADRE- Y esta noche, a estudiar.

MARÍA- A las siete, a las siete, a las siete. **(Va a salir.)**

MADRE- ¿Me has oído?

MARÍA- A las siete, a las siete, a la siete.

MADRE- Y esta noche, a estudiar.

MARÍA- A estudiar, a estudiar. A estudiar. **(Va a salir.)**

MADRE- Y a ver qué es lo que hacéis.

MARÍA- Nada, mamá. **(Va a salir.)**

MADRE- Y que no se os ocurra acercaros a las alcantarillas.

MARÍA.- Sí, mamá; digo: no, mamá.

MADRE- Que huelen fatal.

MARÍA.- Sí, mamá.

MADRE- Y que hay dragones.

MARÍA.- Sí, mamá.

MADRE- ¿Pero me estás oyendo?

MARÍA.- Sí, mamá.

MADRE- Y que está prohibido.

MARÍA.- Sí, mamá.

MADRE- Terminantemente prohibido.

MARÍA.- Sí, mamá.

MADRE- Prohibido, prohibido, prohibido.

MARÍA.- Sí, mamá.

MADRE- Nada de “sí, mamá”; que yo lo oiga.

MARÍA.- Prohibido, prohibido, prohibido.

MADRE- Otra vez: Prohibido, prohibido, prohibido.

MARÍA.- (Según sale.) Prohibido, prohibido, prohibido.

MADRE- (Saliendo tras ella.) Prohibido, prohibido, prohibido.

(Al tiempo que se cierran las cortinillas del teatrillo.)

Escena Tercera

Tras un breve oscuro, llegan al Salón del Trono, entre músicas imperiales, el CHAMBELÁN y el REY, que toma asiento y dice ensimismado.

REY.- Y bien, ¿cómo salió el discurso?

CHAMBELÁN.- ¡Espléndido, Majestad, espléndido!

REY.- Me lo he sabido todo, ¿a que sí?

CHAMBELÁN.- (Asiente con ademanes.)

REY.- ¿Algún atranque, o me lo pareció a mí?

CHAMBELÁN.- ¡Nada, una minucia! Lo dijisteis con tal propiedad que parecía escrito por vos.

REY.- (Levantándose del trono.) ¡Ah, el baño de multitudes! (Alejándose unos pasos.) Ahora, me temo, toca lo peor.

CHAMBELÁN.- En cierto modo.

REY.- La visita inmundada.

CHAMBELÁN.- (Señala el trono, dando así a entender dónde es la visita.)

REY.- ¿O sea que este es el pozo que todo reino tiene en el salón del trono? Aunque nadie lo admita.

CHAMBELÁN.- Todo cuerpo precisa una letrina.

REY.- Pues tenías que habérmelo advertido, que si al dragón le hubiera dado por foguear, podía haberme chamuscado las posaderas.

CHAMBELÁN.- Jamás se dio tal caso, que siempre hay un ten con ten. En atención al cargo.

REY.- ¿Y dices que nunca lo viste con detalle?

CHAMBELÁN.- Nadie lo ha visto. Como mucho, a bulto.

REY.- Bien, alza la tapadera. Preferiría que no, pero habrá que cumplir el protocolo. Es lo que indica el libro de instrucciones.

(Con mil remilgos, el CHAMBELÁN alza la tapa del trono-letrina y ambos son repelidos por la fetidez.)

REY.- ¡Repugnante!

CHAMBELÁN.- Huele más al principio, por la condensación.

REY.- (Empinándose, pero sin acercarse.) ¿Y es de buen recibir?

CHAMBELÁN.- Jamás puso reparos a la inspección, que, en cobrando el tributo, la fiera vive absorta en el sopor de sus digestiones.

REY.- (Con aversión.) ¿Digestiones? Qué horrible palabra. En adelante, que nadie la pronuncie en este reino.

CHAMBELÁN.- Promulgaré un pregón con esa providencia. Que no hay mejor solución para los problemas que prohibir su pronunciación.

REY.- (Tras una pausa.) Bien... habrá que acercarse a saludar al engendro.

CHAMBELÁN.- (Retrocediendo.) Sí... habrá que acercarse.

REY.- ¡Pues acércate!

CHAMBELÁN.- Majestad, yo... **(Y se acerca estremando las precauciones.)**

REY.- ¡Quieres acercarte de una puñetera vez y decirme qué es lo que se ve?

CHAMBELÁN.- (Asomado. Con repugnancia.) Nada.

REY.- ¿Nada?

CHAMBELÁN.- Se ve lo profundo. Que da hasta vértigo.

REY.- ¿Huele así lo profundo?

CHAMBELÁN.- ¡Digo!

REY.- ¿No será que se te ciega la vista con los hervores de la fiera?

CHAMBELÁN.- Mire su Majestad, por si la mirada monárquica fuera más penetrante.

REY.- (Asomándose.) ¡La peste negra!, es lo que habita en este pozo.

CHAMBELÁN.- ¿Lo clausuramos?

REY.- Mira, que algo se mueve.

CHAMBELÁN.- Parece un ala, que abanica las pestilencias.

REY.- Alas veo, pero no una, sino dos; y muy agitadas.

CHAMBELÁN.- El inmundo, que ha salido a saludarle.

REY.- Pues podía haberse ahorrado la cortesía.

CHAMBELÁN.- Salúdele, no le haga de menos y cumpla el protocolo.

REY.- ¡Es enorme! **(Saludando sin mucha convicción.)** ¡No cabe en el abismo! ¡Qué digo en el abismo! No cabe ni en los alrededores.

CHAMBELÁN.- Para mí que no tiene principio ni fin.

REY.- Ni pies ni cabeza, es lo que no tiene.

CHAMBELÁN.- ¿No será que los oculta a buen recaudo para que solo se advierta su fiereza en los momentos culminantes?

REY.- Jamás me advirtió nadie de tales mutaciones. Sea como fuere, aquí se nos muestra como un ser alado, y a saber cuántas cabezas amenazantes y cuántas extremidades locomotoras tiene agazapadas, si es que realmente cuenta con semejantes miembros.

CHAMBELÁN.- (De carrerilla.) Siete cabezas fogueantes, cuatro garras garrapiñadas, dos alas de vuelo rasante y una cola rabuda, mitad lagarto, mitad pollino, que lo mismo utiliza para espantar las moscas que la emplea en arrear bofetadas de las que quitan el sentío.

REY.- (Impresionado.) ¿Seguro?

CHAMBELÁN.- Es lo que dice el diccionario. **(Pausa.)** Es lo que dice.

REY.- Al diccionario ese quisiera verlo yo aquí, a ver si se atrevía a tantas puntualizaciones; que es muy fácil observar a los dragones desde la imprenta, pero que venga y que se asome a este orificio del averno, a ver si es capaz de distinguir las garras de las lenguas en esa masa maloliente que palpita bajo nuestros pies.

(Y lo que bulle en las entrañas del pozo, a modo de comentario, sopla y resopla, sin ninguna consideración.)

¡Válgame Dios! ¿Qué ha sido eso?

(Y ambos se asoman de nuevo a la letrina.)

CHAMBELÁN.- Al parecer, la fiera se ventila.

(Y como ciertos vapores humean por el orificio, ambos retroceden, pinzándose la nariz.)

REY.- Yo, para mí, que se ha tirado un pedo.

CHAMBELÁN.- Considérelo como un cumplido; que son licencias propias de las bestias.

REY.- Sea. Pero tapa rápido ese ojete nauseabundo o moriremos apestados.

CHAMBELÁN.- (Tratando de acercarse al trono.) Es que no puedo respirar.

REY.- Pues no respire.

CHAMBELÁN.- Pero si no respiro, me sopenco.

REY.- No te andes con remilgos, o seré yo quien te sopenco.

CHAMBELÁN.- (Haciendo un esfuerzo sobrehumano, cierra la tapadera.) ¡Al fin! (Y queda turulato.) ¡Qué tufo!

REY.- (Recuperando la compostura.) ¡Que tengamos que soportar estos hedores en el salón del trono!

CHAMBELÁN.- Son aromas que, en siendo moderados, se pueden sobrellevar.

REY.- ¡Pues no me gustan! No sé por qué tenemos que convivir con tanta pestilencia.

CHAMBELÁN.- Forma parte de la tradición.

REY.- Como no entiendo que me hicieras decir en el discurso que trataremos de paliar en lo posible el apetito del dragón terrible, cuando lo que hay que hacer es exterminarlo.

CHAMBELÁN.- ¡Cuidado, Majestad, que puede oíros!

REY.- ¡Sí, exterminarlo! Que no estoy dispuesto a tolerar tamaño desacato.

CHAMBELÁN.- No es prudente... no... no conviene. O si no, consultad el libro de instrucciones que vuestro padre os dio con la corona.

REY.- ¡El libro de instrucciones! ¡Ja! ¡Tampoco entiendo el libro de instrucciones! Yo tenía previsto que, una vez coronado, haría venir a Jorge, un santo caballero, a que desatancara el reino de dragones. (Sacando un libro de la faltriquera.) Pero no, aquí lo advierte: “Cuidado con San Jorge, que en cuanto te descuides, te deja sin dragones”.

CHAMBELÁN.- No todo es pestilencia. Los dragones ejercen una influencia muy favorable sobre los sistemas económicos; y como bien sabéis, el hombre de Estado debe proteger los ecosistemas. Que también los dragones son criaturas de Dios.

REY.- Pues no lo entiendo. Mi nariz no lo entiende. Y un rey hace las cosas por narices. Así que habrá que advertir a esa fiera corrupta que no consentiré que me siga tocando las narices.

(En clara respuesta, un eructo volcánico hace saltar la tapa y una neblina nauseabunda se extiende por doquier.)

CHAMBELÁN.- (Poniéndose a salvo tras una de las escaleras.) ¡Oh, no!

REY.- (Escondido igualmente tras la otra.) ¡Maldición! ¿Pero es que no hay forma de tenerlo a raya?

CHAMBELÁN.- Hablando de narices, mejor no hurgarle en las fosas terráneas.

REY.- ¿Y qué hacemos?

CHAMBELÁN.- Huyamos.

REY.- ¿Abandonar el puesto de mando?

CHAMBELÁN.- Mejor abandonar que sucumbir.

REY.- (Declamando.)

Estirpe de guerreros,
antepasados fieros
que llenasteis la historia
de páginas de gloria.

CHAMBELÁN.- (Tratando de sacarlo.) Majestad, que eso era para otra ocasión.

REY.- (Resistiéndose.)

Decidme si es de ley
que de golpe y porrazo
la pestilente fiera,
reventando a presión la tapadera,
haya vencido al Rey
de un follonazo.

CHAMBELÁN.- Majestad, que no os escucha nadie. **(Y tira de él hasta sacarle.)**

REY.- (Que vuelve a entrar.)

Ya veis cómo me humilla
Que a poco me desmayo.

CHAMBELÁN.- (Que entra tras él.) ¿Será posible?

REY.- Venid en mi socorro, estirpe mía,
y antes que expire el día
metedle por el culo una bombilla
y que le parta un rayo.

(El CHAMBELÁN le empuja y ambos salen al son de flácidas fanfarrias.)

Escena Cuarta

Tras un breve oscuro, la luz sitúa la acción en primer término y, al instante, entran jugando con una pelota TERE, MARTÍN, BUENO y MARÍA, cuatro escolares zangolotinos al borde de la extenuación.

TERE- Pasa, Martín, pasa.

MARTÍN.- (Echándole la pelota.) Toma.

MARÍA.- ¿Queréis dejarlo ya? Anda, Tere, déjalo ya un rato.

TERE.- (Pasándosela a MARÍA.) Venga, no te amuermes.

MARÍA.- (Reteniendo la pelota.) Se acabó. (Al tiempo que se sienta.)

MARTÍN.- Tía, pasa. Jo, María, echa.

MARÍA.- Ya está bien. Llevamos toda la tarde...

BUENO.- (Sentándose también.) Venga, sí, vamos a descansar.

MARTÍN.- Déjalos, si están pa'l arrastre.

BUENO.- Pues anda que tú...

TERE.- Que están viejos.

BUENO.- Oye, viejo tu padre.

TERE.- Y el tuyo, no te joroba.

MARTÍN.- ¿Subimos al castillo?

MARÍA.- ¿De verdad tienes ganas, a la hora que es?

TERE.- Pues a mí me mola.

BUENO.- Pasa de ellos, que se están marcando el rollo.

TERE.- ¿Qué rollo, tío?

MARTÍN.- Lo que pasa es que no tenéis aguante.

BUENO.- Mira tú quién fue a hablar, que te tienes que meter de todo para tenerte en pie.

MARTÍN.- ¿Quién, yo?

BUENO.- No, yo. ¿O es que crees que no te he visto?

MARTÍN.- Bueno, sí, ¿qué pasa? Pilulas garrapiñadas. Pero eso es porque quiero.

BUENO.- (A MARÍA.) Porque quiere aguantar más que nadie. Mira tú este.

TERE- Pues toma tú también. ¡No te joroba! Que si tomaras no te amuermarías.

BUENO.- ¡Tararí! Que a mí no me hacen falta. Yo, cuando me canso, me siento.

MARÍA.- (Tirando de BUENO.) Venga, vámonos, que se está haciendo tarde.

MARTÍN.- Pues a ti tampoco te vendrían mal.

MARÍA.- Ni loca me meto yo píldoras de esas, que a saber lo que tendrán.

TERE- ¿Y las que te dan en la farmacia, sabes lo que tienen?

MARÍA.- No.

TERE- Pues entonces.

MARÍA.- Sí, pero mi madre dice que las de la farmacia...

MARTÍN.- ¡Ya salió su madre!

MARÍA.- Sí, ¿qué pasa?

TERE- Pues que no sabes hacer nada sin tu mamá.

BUENO.- (Tirando de MARÍA.) Venga, sí, vámonos, que estos lo que son es unos pastilleros, y todo lo que no sean sus garrapiñadas...

MARTÍN.- ¿Pastillero? ¿Pastillero yo? Yo controlo, tío, y si quiero pilulas, pues tomo, y si no, pues paso. A ver si te vas a creer que es que estamos enganchaos.

TERE.- Oye, tú, ¿pero a qué viene esto ahora?

BUENO.- Vosotros habéis empezado. Que si su mamá..., que si su mamá... Ni que fuéramos niños.

TERE.- ¡Ah!, ¿es que no lo sois? (**Y rompe a reír.**)

MARTÍN.- A estos, lo que les pasa es que son unos cagaos.

BUENO.- (**Yéndose para él.**) ¿Quién, yo?

MARÍA.- Venga, no empecéis.

MARTÍN.- Sí, tú. O si no, atrévete.

BUENO.- ¿Atreverme, a qué? ¿A tomar pastillas?

TERE.- ¿A tomar? Antes tendrías que conseguirlas. (**A MARTÍN.**) Este no se atreve ni a comprarlas.

BUENO.- Pues mira tú el problema. Teniendo pasta...

MARÍA.- Anda que yo me iba a gastar la paga en esas porquerías.

TERE.- ¡Corta el rollo!

MARTÍN.- Lo que pasa es que no te atreves.

BUENO.- ¿Que no me atrevo?

MARTÍN.- Mira, pones un pie en la alcantarilla, y te mueres de miedo.

BUENO.- ¿Quién, yo?

MARTÍN.- Sí, tú.

BUENO.- ¡De asco! De lo que me muero es de asco. Que no sé cómo no se os revuelve el cuerpo.

TERE.- Pero si no huele.

BUENO.- Vamos, anda.

TERE.- Bueno, al principio, sí. Pero luego mola.

MARÍA.- ¿Qué mola? Estáis grillaos.

BUENO.- Apesta, tío, apesta.

MARTÍN.- Eso son excusas.

MARÍA.- Pues todo el mundo lo dice.

MARTÍN.- Huele distinto.

TERE.- Claro, tío, lo que pasa es que a los viejos todo les huele mal. Como están pochos...

BUENO.- Pocho tu viejo, que el mío es un enrollao.

TERE.- Sí, no hay más que verlo, con la barriga que tiene.

BUENO.- Pues sí, con la barriga, que él con lo que se enrolla es con la cabeza. ¡No te fastidia! Y a mí, si mi padre me dice que huele mal, pues me lo creo más que lo que me cuentes tú.

MARÍA.- Vale, dejadlo ya.

TERE.- Es que no es que te lo cuente...

MARTÍN.- Deja. Pero si es muy fácil: bajamos juntos y lo comprobáis.

BUENO.- Yo es que no tengo ningún interés.

MARTÍN.- Tú lo que tienes es un miedo que te cagas.

BUENO.- Mira, tío, olvídame.

TERE.- A este lo que le pasa es que se ha creído lo del dragón.

MARTÍN.- Pues anda que no molaría. ¿Te imaginas? Un dragón echando humo por las narices y con los ojos alucinando en colores. ¡Menuda disco!

TERE.- Es que sois muy tiernos. Os lo creéis todo.

MARÍA.- Yo, como no pienso bajar, me da igual lo que haya.

MARTÍN.- Es verdad, parecéis tontos. ¿Es que no sabéis cómo son los viejos? “Que te va a pasar esto”, “que te va a pasar lo otro... Y todo para meterte miedo y que hagas lo que ellos quieren.

TERE.- Mira, allí lo único que hay son unos colegas muy legales y muy enrollaos, que son los que te lo venden.

BUENO.- Y yo que me lo creo.

TERE.- Oye, tío, nosotros es que hemos ido. A ver por qué íbamos a mentirte.

MARÍA.- Os pueden estar engañando.

MARTÍN.- ¿Para qué?

MARÍA.- ¡Ay, no sé!

MARTÍN.- Oye, pues venid vosotros, que sois más listos, y lo mismo lo descubris.

MARÍA.- A mí no se me ha perdido nada en ese sitio.

MARTÍN.- (A BUENO.) ¿Y tú, qué? ¿Tampoco te atreves?

BUENO.- ¿Yo, por qué?

TERE.- El miedo es libre.

BUENO.- (A MARTÍN.) Si va esta... (Por TERE.) Mira tú el peligro.

TERE.- A ver si es verdad.

BUENO.- Lo que pasa es que me da asco.

TERE.- Pues te tapas la nariz. (A MARTÍN.) ¡Jo!, anda que no es delicao.

BUENO.- De delicado, nada. O si no, cuando quieras, vamos. (Con burla.) Y luego, a vomitar.

MARÍA.- ¿No estarás pensando ir?

BUENO.- No. (Pausa.) Pero que si hay que ir, se va.

MARÍA.- ¿A la alcantarilla? ¿Pero es que estás tonto, o qué?

BUENO.- Tampoco pasa nada.

MARÍA.- ¿Pero cómo le vas a hacer caso a estos piraos?

MARTÍN.- Oye, tú, sin ofender.

TERE.- No vengas tú, si no quieres. Ahora, déjale a él, que ya es mayorcito.

MARTÍN.- (A MARÍA.) Tú mejor con tu mamá.

TERE.- Eso, sí, que ya son las siete. (E imita a la marioneta.) A las siete, a las siete, a las siete.

BUENO.- Bueno, ya está bien de meteros con ella. Si quiere quedarse, que se quede. Está en su derecho.

MARÍA.- Ah, no, no. Si vas tú, yo también voy.

TERE.- ¡Huy! Que no te lo voy a quitar.

MARÍA.- Por mí...

BUENO.- Le estamos dando demasiada importancia.

MARÍA.- ¿Es que no la tiene?

BUENO.- Mira, vamos un momento, entramos, nos apestamos y a casita. (A MARTÍN.) Que de comprar, nada. ¿Estamos?

MARTÍN.- Que nadie te va a obligar. Cada uno a su rollo.

MARÍA.- (A BUENO.) Venga, va, vamos a dejarlo.

BUENO.- No, si yo, por mí...

MARÍA.- Pues entonces. (Pausa.) Venga, vámonos, que estos te lían.

MARTÍN.- Oye, tía, que yo no tengo ningún interés en liar a nadie. (Esgrimiendosu linterna.) Si queréis venir, pues chachi, y si no, allá películas.

BUENO.- (A MARÍA.) Mira, lo mejor es que vayamos, a ver si así dejan ya de darse el pote con lo valientes que son.

TERE- Que no te enteras, que no es que seamos valientes, que es que sois vosotros, que sois unos cagaos.

MARÍA.- Además, no tenemos linternas.

TERE- Tú por eso no te apures, que ahora vamos a mi keli y pillamos una.

MARTÍN.- (A BUENO.) Anda, venga, tira p' adelante y déjate de leches.

MARÍA.- No, si al final la liamos.

TERE- Que no, tía, que ya verás que es un sitio guay.

MARÍA.- ¿La alcantarilla, un sitio guay?

MARTÍN.- Como luego te guste...

BUENO.- ¿Se puede saber a qué esperamos?

MARÍA.- Sí, tú encima mételes prisa.

MARTÍN.- (Iniciando la salida.) Pero luego no os vayáis a echar a llorar.

BUENO.- Como te atice en la cresta...

(Y ambos salen, medio empujándose.)

MARÍA.- Oye, tía, ¿de verdad que no hay nada raro?

TERE- Pues claro que no.

MARÍA.- ¿Me lo juras?

TERE- ¿Pero tú te crees que si hubiera algo raro iba yo a ir?

MARÍA.- Es que a mí me sale el dragón ese que dicen que hay, y es que me caigo muerta.

TERE- Toma, y yo.

(Y juntas, salen tras ellos. Bajando la luz, al tiempo que, a modo de cortina, se descorre el telón.)

Escena Quinta

Dos muros de Palacio con ventanas se desplazan sobre ruedas hasta el centro del escenario, y allí, aireándose, vemos asomados, con medio cuerpo fuera, al REY y al CHAMBELÁN.

REY.- Nada, ni estirando el cuello, es posible alcanzar un poco de aire limpio.

CHAMBELÁN.- En cambio, las vistas, no me negaréis...

REY.- ¡Quita ahora de vistas!, y ocúpate de lo que nos asfixia.

CHAMBELÁN.- Son aromas expansivos y penetrantes contra los que nada se puede hacer. Lo cual no es óbice para que reconozcamos que el reino luce brillante y reluciente.

REY.- Reluciente, sí, pero apesta. Qué digo apesta, ¡hiede! Y eso es algo que una nariz coronada no puede soportar.

CHAMBELÁN.- Majestad, en lo tocante a olores, una nariz coronada puede soportarlo todo.

REY.- No la mía.

CHAMBELÁN.- Tomad ejemplo de vuestro padre. Él lo soportó.

REY.- Hasta que no lo soportó. Además, cuando yo era infante, puede que el ambiente estuviera algo enrarecido, pero de qué se iba a atrever una letrina a plantarle cara a mi padre.

CHAMBELÁN.- Tal vez solo se trate de una advertencia del averno, que os acata como soberano, pero haciendo patentes sus condiciones.

REY.- Pues no toleraré que tales pestilencias se me suban a la nariz. Se va a enterar esa Fiera Corrupia de quién manda en el reino.

CHAMBELÁN.- Majestad, sois joven y poderoso. Disfrutad de los privilegios y no carguéis aún con el peso de la gobernación, que ya tendréis tiempo, a la vejez, de sufrir sus inconvenientes.

REY.- ¿Qué hago? ¿Me quedo en la ventana, disfrutando de las vistas y oliendo para otro lado?

CHAMBELÁN.- Podríais pasear a caballo.

REY.- ¿Y dar la espalda a la podredumbre?

CHAMBELÁN.- O mejor, elevaros en globo. Eso os permitiría respirar otros aires y ver las cosas con más distancia.

REY.- ¿Pero qué clase de gobernante puede estar en las nubes mientras sus súbditos están siendo devorados por un dragón? Porque esa es otra que quiero que me expliques. ¿Realmente está devorando a nuestra juventud?

CHAMBELÁN.- Bueno, no exactamente.

REY.- Me quitas un gran peso de encima. **(Pausa.)** Sin embargo, es lo que ponía en el discurso.

CHAMBELÁN.- Majestad, si vais a creeros todo lo que tengáis que decir en los discursos...

REY.- O sea que no es cierto.

CHAMBELÁN.- Mueren, sí, pero solo unos pocos.

REY.- ¿Unos pocos? ¿Y os parece admisible? ¡Aunque fuera uno solo!

CHAMBELÁN.- Todos los reinos tienen sus dragones, y siempre hubo que rendirles tributo, pero eso no es cosa que deba preocuparos. El reino, como veis, está más que pujante.

REY.- (Enfurecido.) Pues me preocupa. Y no voy a quedarme asomado a la ventana viendo cómo reluce el reino si esa pujanza exige ese tributo.

CHAMBELÁN.- (Aturullado.) Calma, majestad.

REY.- ¡Ni calma, ni calmantes! Este es un mal que hay que arrancar de cuajo.

CHAMBELÁN.- Pero eso es en extremo peligroso. Sois joven y deberíais escuchar el consejo: mejor rendir tributo...

REY.- Excelente idea. Escucharé al Consejo.

CHAMBELÁN.- Pues os decía que mejor rendir tributo...

REY.- He dicho que escucharé al Consejo.

CHAMBELÁN.- El Consejo soy yo.

REY.- ¿Un Consejo de un solo consejero?

CHAMBELÁN.- El reino es pobre...

REY.- Ya, pujante y pobre. **(Pausa.)** ¿Y el viejo consejero de mi padre?

CHAMBELÁN.- No creo que nos sea de gran ayuda. Tiene tantos años que hasta él mismo ha perdido la cuenta.

REY.- Me interesa conocer su opinión.

CHAMBELÁN.- Además, vuestro padre ya le retiró su confianza. Por temerario.

REY.- Mayor motivo para saber qué piensa. Nos reuniremos en el Salón del Trono.

CHAMBELÁN.- Majestad, no podemos volver al Salón del Trono.

REY.- ¿Qué no podemos? ¿Estamos acaso en el destierro? Ya verás si podemos. Atascaremos los sumideros, clausuraremos las letrinas, la asfixiaremos en su propio hedor; que sepa esa bestia inmunda que habita en nuestro bajo reino que no vamos a consentir que continúe infectándonos la dignidad.

(Los muros de Palacio con ventana se desplazan de nuevo para volver a situarse en su lugar de origen.)

Escena Sexta

El frontal del estrado se eleva, descubriendo el interior de las alcantarillas, por una de cuyas galerías avanzan MARTÍN, TERE, BUENO y MARÍA, alumbrándose con linternas.

MARTÍN.- Venga, vamos.

MARÍA.- Aquí no se ve nada.

BUENO.- Y cómo apesta.

TERE.- Pero eso es solo al principio.

BUENO.- ¿Al principio?

TERE.- Venga, camina y no seas tan blandengue.

MARTÍN.- A ver si es María, la que huele.

MARÍA.- Guarro, más que guarro. Que eres un guarro.

BUENO.- Déjala en paz, ¿vale?

MARTÍN.- Tranqui, tío, que es broma.

MARÍA.- (Al apoyar la mano en la pared.) ¡Ag! Está todo pringoso.

TERE.- Pues no toques. Y vosotros, dejaos ya de bromas, no sea que nos perdamos.

BUENO.- Ah, ¿pero es que nos podemos perder?

MARÍA.- Pues lo que nos faltaba.

MARTÍN.- Tranquilos, que es aquí.

BUENO.- ¿Seguro?

MARTÍN.- Segurísimo. O si no, mira esa rata muerta.

MARÍA.- ¡Ah!

MARTÍN.- La maté yo.

BUENO.- Bonita cacería.

MARTÍN.- (Levantándola con el palo.) Mira cómo la atravesé.

MARÍA.- ¡Tira, tira eso!

MARTÍN.- Que está muerta.

BUENO.- Como me toques, te la ganas.

MARTÍN.- Que esta ya no muerde.

TERE.- ¿Queréis dejar de hacer tonterías? Parecéis críos.

MARÍA.- Pues vaya excursión.

BUENO.- Yo es que... vamos, no sé qué gracia le veis a esto.

MARTÍN.- ¿Gracia? Aquí es donde las venden. Y encima, está prohibido. ¿Qué más quieres?

MARÍA.- No vuelvo yo aquí ni loca.

MARTÍN.- Y eso que aún no has visto al dragón.

MARÍA.- ¡Ay! Cállate ya. (A BUENO.) Y tú, dile que no me diga cosas.

(Se oye un ruido a lo lejos.)

TERE.- ¿Habéis oído eso?

MARTÍN.- ¡El dragón! (Asustando a MARÍA.)

MARÍA.- ¡Ah! (Tras el sobresalto.) No seas tonto, ¿eh?

TERE.- ¿Queréis callaros?

MARTÍN.- ¿Oyes algo?

MARÍA.- Yo me muero.

BUENO.- ¿Pero qué es lo que pasa?

TERE.- Parece que viene alguien.

MARTÍN.- Debe ser el Merca, un colega.

TERE.- Chachi. Seguro que es él. Ahora hay que andar con ojo, no sea que nos cojan los alguaciles.

MARÍA.- ¿Los alguaciles? ¿Además nos pueden coger los alguaciles?

MARTÍN.- Si no bajas la voz, seguro.

MARÍA.- A mí me va a dar algo.

TERE.- A vosotros, lo que pasa, es que no os gusta el peligro.

BUENO.- ¡Vaya marrón!

MARÍA.- No teníamos que haber venido.

(Se oye un silbido, a modo de contraseña.)

MARTÍN.- No hay problema, es el Merca. **(Subiendo la voz.)**
¡Merca, estamos aquí!

BUENO.- Oye, nosotros nos vamos.

MARTÍN.- Espera un momento.

MARÍA.- No, mejor nos vamos.

MARTÍN.- Tía, hazme caso, que es mejor salir juntos, no sea que os perdáis.

TERE.- Claro, y así lo conocéis, que ya veréis qué auténtico.

(Entra el MERCA por otra galería, envuelto en todo tipo de ropajes y alumbrándose con una linterna.)

MERCA.- ¿Qué pasa, colegui?

MARTÍN.- ¿Qué, cómo lo llevas?

MERCA.- Dabuten. **(A TERE.)** ¿Y tú, tronca?

TERE.- ¿Qué hay, Merca?

MERCA.- Cuánto tiempo.

BUENO.- Auténtico sí que es.

MARÍA.- A mí con este, y a no me hace falta dragón.

MERCA.- **(Acusando el tono.)** ¿Y estos?

MARTÍN.- Unos compas.

MERCA.- **(Enfocándolos con la linterna.)** A ver, que yo los jipe.

BUENO.- Tanto gusto.

MERCA.- Míralo, qué fino. **(Por MARÍA.)** ¿Y esta? **(Que permanece callada.)** ¿Pasa contigo? ¿Te ha comió la lengua el gato?

TERE- Está asustada. Es que es la primera vez.

MERCA.- Pues tranqui, tía, que aquí no nos comemos a nadie.

MARÍA.- Yo no tengo miedo. Y si no hablo, es porque me da asco respirar.

MERCA.- Tú misma. Qué punto, la tía, cómo se lo monta. **(Volviéndose hacia TERE y MARTÍN.)** ¿Y vosotros, qué?, ¿eh? ¿Habéis trincao algo?

TERE- **(Enseñándole una pulsera.)** Ya verás, es muy bonita. Y muy cara.

MERCA.- Pasa, que la vea.

MARÍA.- Pero esa es la pulsera de tu madre.

TERE- Tiene muchas. No se va a enterar.

MERCA.- **(Observando la mercancía.)** Os habéis portao.

MARTÍN.- Queremos rojas, azules y amarillas.

MERCA.- Mucho quieres tú pillar.

MARTÍN.- Es de oro.

MERCA.- **(Hurgando en los bolsillos.)** Deja que busque, a ver qué hay.

BUENO.- **(A MARÍA.)** Esto no me gusta nada.

MARÍA.- Le ha cogido la pulsera a su madre. Pero ¿por qué?

MERCA.- **(Amenazante.)** ¿Y vosotros, qué andáis largando?

BUENO.- Nada, son cosas nuestras.

MARTÍN.- Son de confianza.

MERCA.- Pues ojito con lo que se larga. **(Haciéndose el magnánimo.)** Me voy a enrollar: tres pares de colorás, dos zulitas y un par de marillas. ¿Hace?

TERE- No sé.

MARTÍN.- Estírate.

MERCA.- Tío, es que esto... **(Por la pulsera.)**, te trincan y al talego. Os lo tengo dicho: nada de quincalla. La pasta, tío, la pasta; lo mejor es la pasta.

MARTÍN.- ¿Lo cogemos?

TERE.- Bueno.

MARTÍN.- Hecho.

MERCA.- **(Dándoles las pastillas.)** Ya veréis qué punto. **(A BUENO y a MARÍA.)** Y vosotros, ¿qué? ¿No queréis nada?

BUENO.- A nosotros no nos gusta eso.

TERE.- Vienen solo por conocer.

MERCA.- Son pilulas garrapiñadas. De dragón, tío. Te ponen a tope. Te jalas una y te tiras bailando... ni se sabe.

MARÍA.- Además, no tenemos dinero.

MERCA.- Sin problema, tía, que yo soy un colega. Y pa que no se diga, os voy a pasar de gratis unas suavécitas, suavécitas, que os van a poner a cien.

MARTÍN.- ¿Eh? ¿Qué os dije? ¿A que es un enrollao?

BUENO.- **(Rechazándola.)** No, gracias, yo no quiero.

MERCA.- Tú mismo, que aquí no obligamos a nadie. **(A MARÍA.)** ¿Y tú?

MARÍA.- **(Cogiéndola.)** Gracias.

MERCA.- Mira la pibita, cómo espabila. **(Mientras se aleja.)** Y cuando queráis trapichear -pero cosa buena-, aquí me tenéis. Abur.

MARTÍN.- **(A BUENO.)** Estás tonto, tío, haberla trincao.

TERE.- Claro, y nos la hubieras pasao.

BUENO.- No quiero ni tocarlas. (A MARÍA.) ¿Y tú para qué la coges?

MARÍA.- No sé.

BUENO.- ¡Que no sabes? Ni que fueras tonta.

TERE.- Si no la quieres, me la das a mí.

MARÍA.- Por probar.

BUENO.- ¿No te la irás a tomar?

MARÍA.- Total, como es gratis.

BUENO.- ¿Pero estás loca? Anda y tira eso.

MARTÍN.- Oye, tú, déjala.

MARÍA.- Si es por ver qué pasa.

BUENO.- Tía, que eso engancha.

TERE.- ¡Qué va a enganchar!

BUENO.- Estáis locos. Y esta, encima, va y le quita la pulsera a su madre.

TERE.- Conmigo no te metas, que yo con mis cosas hago lo que me da la gana.

BUENO.- ¿Tus cosas?

TERE.- Mira, olvídame.

MARÍA.- Pues no está tan mal.

BUENO.- ¿Te la has tomado?

MARÍA.- Ahora, yo no noto nada.

MARTÍN.- Espera, espera y verás.

MARÍA.- ¿Qué tengo que notar?

TERE.- Ya verás qué subidón.

BUENO.- Bueno, yo me voy.

MARÍA.- Espera, no te enfades, que ya no tomo más.

BUENO.- Por mí, como si te las quieres tomar todas. **(Y se va.)**

MARTÍN.- Pero no te vayas solo. ¡Que te vas a perder! **(Y sale tras él.)** A que la liamos.

TERE.- **(Según sale.)** Jo, cómo son los tíos, qué mandones.

MARÍA.- **(Saliendo tras ellos.)** ¡Ay, ay, ay! Pero no me dejéis aquí.

(Y el frontal del estrado desciende, ocultando las alcantarillas.)

Escena Séptima

Al iluminarse la escena, el REY y el CHAMBELÁN conversan en el salón del Trono, junto al trono-letrina, cuya tapa ha sido fuertemente amarrada.

REY.- Mejor así. **(Indicando el atado.)** Que respire su propio aliento.

CHAMBELÁN.- Esperemos que no reviente los precintos.

REY.- Que muera emponzoñada en su propia infección.

CHAMBELÁN.- Con todos mis respetos, Majestad: me parece una temeridad irritar a la fiera.

REY.- ¿Avisaste al consejero de mi padre?

CHAMBELÁN.- Prometió venir tan rápido como le permitieran sus piernas, que no es mucho. **(Advirtiendo su entrada.)** Mirad, aquí llega.

(Entra el VIEJO CONSEJERO.)

VIEJO CONSEJERO.- ¿Me habéis mandado llamar?

REY.- Necesito de vuestra ayuda para doblegar al dragón.

VIEJO CONSEJERO.- Mucho me temo que, a mis años, no podré seros de gran utilidad, pero celebro que hayáis tomado esa decisión.

REY.- ¿Quiere eso decir que lo aprobáis?

VIEJO CONSEJERO.- Siempre fui partidario no ya de doblegarlo, sino de exterminarlo.

CHAMBELÁN.- ¿Exterminarlo? Pero eso es una locura. Os lo dije, un temerario.

REY.- A mí no me lo parece.

CHAMBELÁN.- Pero el manual de instrucciones que vuestro padre os entregó con la corona lo dice taxativamente: “Al dragón hay que mantenerlo operativo”.

REY.- Sí (**AI VIEJO CONSEJERO.**), y sobre eso quería preguntaros. Me gustaría que me explicarais las razones con las que persuadisteis a mi padre para que se expresara de este modo. (**Y muestra el libro, según lo saca de la faltriquera.**)

VIEJO CONSEJERO.- Dejadme ver.

CHAMBELÁN.- “El Arte de Gobernar”.

VIEJO CONSEJERO.- (**AI CHAMBELÁN.**) ¡Ah! El tratado que vos mismo escribisteis.

REY.- (**AI CHAMBELÁN.**) ¿Es cierto eso?

CHAMBELÁN.- Por expreso deseo del Rey vuestro padre, y ateniéndome en todo a su dictado.

VIEJO CONSEJERO.- Nada tengo que ver con ese libro. Es más (**Señalando al CHAMBELÁN.**), por enfrentarme a quien se lo inspiró, perdí su confianza.

REY.- (**Al CHAMBELÁN.**) O sea que fuisteis vos quien ideó el sistema de mantener latentes los problemas... (**Y subraya.**) “¡Paliando en lo posible!”.

CHAMBELÁN.- ¡Oh! No, no, en absoluto. Fue vuestro regio padre quien advirtió, con prudente juicio, que para vencer al dragón era preciso tener dragones. De ahí que se inclinara por un cierto proteccionismo de las calamidades. ¿Imagináis a un domador de leones sin leones?

VIEJO CONSEJERO.- O sea que, según vos, es bueno que haya calamidades para daros el gusto de ponerles remedio.

CHAMBELÁN.- Dicho así... Y en cualquier caso, no me atribuyáis a mí los méritos de su regio padre.

REY.- ¿Y cómo fue que sabiendo el trasfondo del libro hasta el extremo de ser escrito vuestro, no me dijisteis nada?

CHAMBELÁN.- Majestad, no me lo preguntasteis. Que de haber sabido que era vuestro deseo que os hablara del libro, al punto hubiera dicho, con pelos y señales, todo lo que yo alcanzo, que no tengo otro norte que servir a mi Rey.

REY.- Bien que sabes callar y mejor hablar, para que nadie entienda de lo que hablas o de lo que callas. Pues tomo nota y, de momento, callo. Que ya hablaremos.

CHAMBELÁN.- Solo he dicho y repito que me he regido siempre por mandato del Rey. Y si ahora pintan bastos... Yo, chitón, punto en boca.

REY.- En cuanto a lo que urge, habrá que encomendar a un mandatario que localice y ruegue al más nombrado exterminador de dragones que venga en nuestro auxilio.

VIEJO CONSEJERO.- Es una sabia decisión.

CHAMBELÁN.- De inmediato daré las instrucciones. Aunque debéis saber que no es empresa fácil encontrar a San Jorge. No vayáis a pensar si no aparece...

REY.- Procurad que aparezca.

VIEJO CONSEJERO.- No le falta razón en este punto, que nadie tiene claro cuál es su paradero.

REY.- Tengo entendido que habita en la Edad Media.

VIEJO CONSEJERO.- Es muy famoso allí, pero nunca se empadronó en el medioevo. Fue a veces de visita, en casos como el nuestro, pero creo que vive por el siglo III.

REY.- (Avanzando hacia la salida.) Pues si coge tan lejos, no perdamos más tiempo, que ya nos lleva bastante ventaja esa bestia inmundada. **(Volviéndose.)** No le demos más tregua. **(Y como nadie hace ademán de salir.)** Y bien, ¿a qué esperamos? **(E inicia de nuevo la salida.)** En marcha.

CHAMBELÁN.- ¡Viva el Rey!

REY.- (Volviéndose.) ¿Viva el Rey? Ya te voy a dar yo a ti viva el Rey.

(Y sale el REY, seguido del VIEJO CONSEJERO. No así el CHAMBELÁN, que, si bien hace ademán de seguirles, enseguida se detiene y, volviendo sobre sus pasos, llega hasta el trono-letrina, donde, tras comprobar que no le ha visto nadie, se apresura a aflojar las cuerdas que atan la tapadera. Y tomando precauciones para no ser visto, hace mutis.)

(Sola la estancia, se abre la tapa, y por el orificio o por sus aledaños asoman -primero una, luego dos, después una tercera y así hasta siete- las terribles cabezas amenazantes que, enigmáticas y sinuosas, se alzan en la oscuridad sobre sus cuellos de sierpe, causando espanto con el solo destello de sus ojos, cuanto más con el blandir de sus lenguas ardientes.)

ACTO SEGUNDO

Escena primera

La acción se inicia a ritmo de “bacalao”. Cuando se abren las cortinas del teatrillo de marionetas, allí, botando sin cesar, vemos a un GRUPO DE CABEZAS ANÓNIMAS entre las que reconocemos las marionetas que representan a MARTÍN, TERE y MARÍA.

DISCO.- Salto, salto, salto

para ser más alto.

Salta, salta, salta

para ser más alta.

(Y así sucesivamente. Sobre la música, a gritos, MARTÍN, TERE y MARÍA tratan de entenderse sin dejar de saltar.)

MARÍA.- ¡Qué guay!

MARTÍN.- ¿Cómo dices?

MARÍA.- ¡Que qué guay!

MARTÍN.- ¡Sí, muy guay!

DISCO.- Salto, salto, salto

Para ser más alto.

TERE- ¡Qué chachi!

MARÍA.- ¡Cómo dices?

TERE- ¡Que qué chachi!

MARÍA.- ¡Sí, muy chachi!

DISCO.- Salta, salta, salta

Para ser más alta.

MARTÍN.- ¡Vamos fuera?

MARÍA.- ¿Cómo dices?

MARTÍN.- ¡Que si vamos fuera?

MARÍA.- ¡Sí, muy guay!

MARTÍN.- ¡No! (**Señalando hacia el lateral.**) ¡Que nos vamos!

MARÍA.- (**A TERE.**) ¡Qué dice?

TERE- ¡Puerta, que nos vamos!

MARÍA.- ¡No! ¡Otra! ¡Otra!

MARTÍN.- ¡Corta, tía!

DISCO.- Salta, salta, salta

Para ser más alta.

MARÍA.- ¡Otra! ¡Otra!

(Empujándola, MARTÍN y TERE sacan a MARÍA de la discoteca. Fuera las marionetas, por el faldón del estrado sobre el que se asienta el teatrillo, entran rodando por el suelo MARTÍN, TERE y MARÍA, ahora representados por actores.)

¡Otra, otra! ¡Otra, tíos! ¡No os amuerméis!

MARTÍN.- Tía, controla, que te pasas.

MARÍA.- Como una moto, voy como una moto.

TERE.- Es que te ponen...

MARÍA.- Dabuten, te ponen dabuten.

MARTÍN.- Sí, pero hay que controlar.

MARÍA.- Oye, ¡a ti te quedan?

MARTÍN.- ¿Pilulas? ¡Aquí que iba a estar yo!

TERE.- A mí no me mires.

MARÍA.- Pues habrá que hacer algo o acabaremos amuermándonos.

MARTÍN.- Hablando de muermos. Al que no se le ve el pelo es a Bueno.

TERE.- Es verdad. ¿Tú sabes algo?

MARÍA.- No sé, hace ni se sabe que no lo veo.

MARTÍN.- Por lo visto, ahora va a no sé dónde a jugar al ajedrez.

TERE.- ¡Jo, con el empollón! Siempre estudiando.

MARÍA.- Lo que dice este, un muermo, eso es lo que es.

TERE.- Sí, un muermo, pero a ti bien que te gustaba.

MARÍA.- Cosas de cría.

MARTÍN.- Ya veremos cuando empiece el curso.

MARÍA.- Vale ya, ¿eh? Y déjate de tonterías, que ahora lo que tenemos que hacer es ponernos las pilas, a ver como pillamos.

TERE.- Sí, eso es verdad, que la cosa se está poniendo fea.

MARTÍN.- ¿Tú no podrías hacerte de algo?

TERE- ¿Yo? Pues menuda está mi madre desde que se dio cuenta de que le habían volado las pulseras; con decirte que ahora guarda con llave hasta el papel higiénico.

MARÍA.- O si no, la mía. Todo el día se lo pasa dando la vara.

MADRE- (MARIONETA **que asoma por la cortina.**) Que no me entere yo, ¿eh? Que no me entere yo.

MARÍA.- Que no, mamá, que no he hecho nada malo.

MADRE- Todo el día con esos amigotes. A tu padre se lo voy a decir.

MARÍA.- Pero si solo vamos a bailar.

MADRE- ¡A bailar? ¡A bailar? No sé, no sé.

MARÍA.- Sí, a bailar.

MADRE- Y si solo vais a bailar, ¿para qué querías el alfiler de oro del abuelo?

MARÍA.- Mamá, que es que se me enganchó en la rebeca.

MADRE- ¿Qué se te enganchó? ¿Qué se te enganchó? No sé, no sé. (Mutis.)

MARÍA.- (A MARTÍN y TERE.) ¡Tiene un mosqueo!

MADRE- (Tras la cortina.) No sé, no sé.

MARTÍN.- Pues anda que mi viejo... Dos semanas lleva sin darme la paga. Total, por seis suspensos. Y porque dice que me ha visto saliendo del garito. Lo que tendrá que ver lo uno con lo otro.

TERE- ¿Has vuelto a ver al Merca?

MARTÍN.- Sí, pero nada. Y eso que le dije de hacer un trapicheo, pero ni por esas.

TERE- ¡Jo!, con lo enrollao que parecía.

MARTÍN.- No, que dice, y tiene razón, que a él que no le fían. Y es que le debemos guita por un tubo.

MARÍA.- Tampoco tanto.

TERE.- Tú puede que no, pero yo... O si no, este.

MARTÍN.- Podíais bajar vosotras, que dicen que con las chicas se lo monta mejor.

MARÍA.- (A TERE.) ¿Quieres que vayamos?

TERE.- Yo paso de esos rollos.

MARÍA.- Oye, nosotras vamos; si nos pasa, bien, y si no, pues nos venimos.

TERE.- Ve tú si quieres. Que yo ya veré lo que hago.

MARÍA.- Pues yo sí voy a ir. **(E inicia la salida.)**

TERE.- Y ándate con ojo, ¿eh? Que tampoco hay que confiarse.

MARÍA.- Sí, mamá.

MARTÍN.- Y llámanos si es que pillas algo.

(Sale MARÍA. También se ponen en marcha TERE y MARTÍN, aunque en dirección contraria. Según salen:)

Lo tiene crudo.

TERE.- Yo le hubiera dado, pero es que es una gorróna.

MARTÍN.- Y tanto, que se lo curre.

TERE.- Es que así es muy fácil, que le echa una jeta...

(Mutis y oscuro.)

Escena Segunda

Se abren las cortinillas del teatrillo, y vemos al MANDATARIO, a caballo, galopando en la lejanía hasta salirse del paisaje. Mas vuelve a entrar, ahora con más tamaño, y cabalga acercándose al mesón.

MANDATARIO.- ¡Mesonero! ¡Mesonero!

MESONERO.- (Asomándose a la ventana.) ¿Qué se le ofrece a vuesa merced?

MANDATARIO.- ¿No será esta la Edad Media, por un casual?

MESONERO.- Mire, señor caballero, que soy siervo y no letrado, por lo que mal podré orientarle en cuestiones de historia. (Señalando.) Mejor siga unos siglos más abajo y, cuando encuentre un castillo, pregúntele al alcaide, que en siendo persona principal, él sabrá daros razón.

MANDATARIO.- Gracias por el consejo.

MESONERO.- No las merece.

(E ido el mesón, al galope se aproxima el castillo; una torre almenada con ALCAIDE barbudo y DONCELLA tocada con capirote.)

MANDATARIO.- ¡Ah del castillo!

ALCAIDE.- ¿Quién es quien se atreve a importunar?

MANDATARIO.- Un caballero del Rey en viaje oficial al Medioevo, con mandato apremiante de Su Majestad.

ALCAIDE.- Pues sed venido en buena hora.

MANDATARIO.- ¿Es esta, acaso, la Edad que ando buscando, a la que llaman Media?

ALCAIDE.- Por todo el siglo y hasta bien entrado el que viene.

MANDATARIO.- Sed, pues, bien hallados.

ALCAIDE.- ¿Y puede saberse qué se le perdió al Rey en esta época tan apartada? Que si está en nuestra mano, quisiéramos servirle en lo que gustara mandar.

MANDATARIO.- Ando en busca de un caballero, muy afamado en estos confines, que responde al nombre de San Jorge.

DONCELLA.- ¡Oh, San Jorge!

MANDATARIO.- ¿Le conocéis?

DONCELLA.- Muy apuesto..., dicen.

ALCAIDE.- No es vecino de este siglo, pero se le conoce; si no en persona, sí por sus campañas y afanes, que son de gran nombradía.

MANDATARIO.- ¿Y no podríais darme razón de cómo llegar hasta él?

ALCAIDE.- Atended, que os lo indico: tenéis que bajar por la cuesta de los siglos hasta llegar a la Edad Antigua, y cuando os crucéis con gente vestida a la romana, andad con tiento, no sea que os paséis, que él se aposenta justo en el tercero. No tiene pérdida: donde veáis que están matando dragones, allí es.

MANDATARIO.- Pues parto raudo, que he de llevarle razones de mi señor el Rey que no admiten espera.

ALCAIDE.- Id en buena hora.

DONCELLA.- Presentadle mis respetos.

MANDATARIO.- Así lo haré.

DONCELLA.- Y que puede venir a salvarme cuando quiera.

ALCAIDE.- ¡Dios! Cómo está la juventud.

(El castillo se aleja y el MANDATARIO galopa hasta salirse otra vez del paisaje. Vuelve a entrar, aunque solo la cabeza del caballo, que se da de bruces con un DRAGÓN, lo que provoca el espanto de ambos. Idos CABALLO y DRAGÓN, entran MANDATARIO y SAN JORGE, por las cajas por las que los animales se fueron.)

MANDATARIO.- ¿No seréis, por fortuna, el famoso San Jorge al que ando buscando?

SAN JORGE.- No sé si por fortuna, pero sí que lo soy.

(Y ataca a un DRAGÓN con su espada.)

Y disculpe si no le atiende como merece.

MANDATARIO.- Por mí no se disculpe, usted a lo suyo.

SAN JORGE.- ¿Y qué motivo le trae hasta este siglo tan inhóspito?

MANDATARIO.- Vengo en nombre de mi señor el Rey para rogarle que me acompañe en mi viaje de regreso, que un dragón apestoso está pudriendo a nuestra juventud, y si alguien no lo extermina acabará pudriendo todo el reino.

(Mientras el MANDATARIO hablaba, una FIERA volantona planea sobre sus cabezas, mas SAN JORGE la espanta solo con alzar la espada.)

SAN JORGE.- Pues ya veis cómo ando, que hasta me sobrevuelan las bajezas. Como para aceptar encargos.

MANDATARIO.- Sí que es espantable, y me hago cargo, pero mi señor el Rey me ordenó que os estuviera rogando hasta que no os pudierais negar.

(Y siguen merodeando los DRAGONES.)

SAN JORGE- Ya veis que no es por desacato, sino por saturación, que ni exterminando todas las bajezas de mi siglo podría atender su ruego, que tengo pendientes un sinfín de pedidos en la Edad Media que tienen prioridad.

MANDATARIO.- ¿Y no podríais mandarle algún mensajillo para que viera el Rey que yo he cumplido en lo que me toca?

(Un DRAGÓN va a atacar, pero desiste con solo ver la espada que SAN JORGE le muestra.)

SAN JORGE- Decid al Rey que cada cual es acosado por un dragón que lo infecta y que lo devora, por lo que a todos nos incumbe sucumbirlos. O mejor, aguardad un momento, que ahora en un respiro preparo un pergamino explicándome con más detalle, que va a quedar mejor.

(Y son muchos los DRAGONES que les amenazan por doquier.)

MANDATARIO.- Si os vale mi ayuda, en lo que dure la espera, puedo echar una mano.

SAN JORGE- Pues vamos a ello, que cuantos más seamos, antes acabamos.

(Y cubriéndose las espaldas, ambos la emprenden contra las fieras, al tiempo que cierra la cortinilla.)

Escena Tercera

MARÍA avanza por la alcantarilla, con la ayuda de una linterna.

MARÍA.- ¡Merca! ¡Merca! ¡Merca! **(Pausa.)** Esperemos que no me haya perdido.

(Iluminando un punto concreto en el suelo.)

Para mí que es aquí. Claro que ratas muertas hay por todas partes; ahora, atravesadas por un palo... ¡Qué asco! **(Pausa.)** ¡Merca! **(Pausa.)** Para chasco, que no esté.

(Vuelve a dirigir la linterna al mismo lugar.)

Como dice Martín: esta ya no muerde. Peor son las vivas. **(Pausa.)** También estos, le echan una jeta... Podían haber venido aunque solo fuera hasta el colector, que luego bien que querrán. **(Pausa.)** En fin, a ver cómo me lo monto. **(Pausa.)** ¡Merca! **(Pausa.)** Anda que si me llegan a decir hace un mes que me iba a atrever yo solita... No hay nada como hacerse mayor. **(Pausa.)** Ahí está. **(Y escucha.)** Sí, debe ser él. ¡Merca! ¡Merca, soy yo, María!

(Y se escucha un silbido a modo de contraseña.)

¡Estoy aquí!

MERCA.- (Según se le acerca.) ¿Qué pasa, pibita?

MARÍA.- ¿Qué hay, Merca?

MERCA.- ¿Y tus colegas, tronca, dónde se meten?

MARÍA.- Es que no han podido venir.

MERCA.- Pues dile a Martín -se llama Martín, ¿no?- que mejor que me busque. Y a la chorba, díselo también a la chorba. Que va a ser peor si los busco yo.

MARÍA.- Es que están tiesos, pero estate tranquilo, que no te falla.

MERCA.- Que no, tía, que es que no es eso.

MARÍA.- Martín es un tío muy legal. Y Tere...

MERCA.- ¡Yo! ¡Yo, tía, yo! ¡Yo soy un tío legal! ¡Y me enrolló! Pero luego hay que cumplir. No te...

MARÍA.- Es que no les dan, por las notas.

MERCA.- ¡Por las notas? Pues diles que espabilen, no tenga que catearlos yo también. (Pausa.) Y tú, ¿qué?, ¿qué me traes?

MARÍA.- Bueno... verás... Hoy es que no he podido...

MERCA.- Pero bueno, ¿vosotras qué os creéis, que yo soy la beneficencia?

MARÍA.- Venga, Merca, enróllate.

MERCA.- Pues anda que no me enrolló, más que las persianas.

MARÍA.- Solo dos.

MERCA.- Ni dos ni leches; aquí, a cotizar, y si no, puerta.

MARÍA.- Mañana te lo traigo.

MERCA.- Tú tú tú... Tú es que alucinas. De qué me vais a liar a mí otra vez.

MARÍA.- Si es que me vigilan.

MERCA.- Mira, tía, no me vaciles, que una pibita como tú, si se lo sabe montar, le llueve la pasta a manta.

MARÍA.- Que no, Merca, no empieces, que a mí no me van esos rollos.

MERCA.- Nos ha fastidiao. A ti lo que te va es ponerte a tope. Pero eso, tía, hay que cotizarlo.

MARÍA.- Jo, Merca, que es que me siento fatal.

MERCA.- Pues no te vas tú a pasar monos, montándotelo de estrecha.

MARÍA.- Venga, tío, no me seas borde.

MERCA.- ¡Borde? **(Y hace ademán de marcharse.)**

MARÍA.- Tío, tío, tío.

MERCA.- ¡Olvídame!

MARÍA.- Tío, no te vayas.

MERCA.- **(Volviéndose.)** Pero tía, ¿tú de qué vas?

MARÍA.- Perdona, Merca, que es que estoy muy nerviosa.

MERCA.- Pues ándate con tiento, no sea que la liemos.

MARÍA.- Sí, Merca, tío, no te mosquees.

MERCA.- No te fastidia. **(Pausa.)** Y abreviando, que es gerundio. ¿Cuántas?

MARÍA.- Dos. Bueno, aunque sea una.

MERCA.- Pues tía, la pasta. O si no, te pones las pilas y montamos un trapicheo. ¿Hace?

MARÍA.- Tío, no me obligues, que mañana te lo doy.

MERCA.- Oye, tú misma. Que aquí no se obliga a nadie. **(Y se da la vuelta.)**

MARÍA.- Tío, mañana.

MERCA.- Pues mañana hablamos. **(Y camina despacio.)**
Abur.

MARÍA.- **(Nerviosa.)** Merca.

MERCA.- **(Se vuelve, dándose un tiempo.)** ¿Qué pasa ahora?

MARÍA.- **(Que no le sale la voz del cuerpo.)** ¿Qué es lo que tengo que hacer?

MERCA.- **(Tras una pausa.)** Tú estate ahí, que esto ya es cosa mía.

(Conforme el MERCA se adentra en lo oscuro, MARÍA se va empequeñeciendo hasta quedar acurrucada con la cabeza entre las rodillas, sin advertir que en torno suyo se deslizan sierpes con cabezas amenazantes que la rodean y finalmente la acosan con dentelladas y bramidos cuando ya nada puede hacer. Oscuro.)

Escena Cuarta

El REY pasea por las estancias de palacio, cuando entra precipitadamente el CHAMBELÁN llevando un pergamino en la mano.

CHAMBELÁN.- ¡Majestad! ¡Majestad!

REY.- **(Alarmado.)** ¿Qué ocurre? ¿Qué sucede?

CHAMBELÁN.- Malas noticias.

REY.- ¿Pero qué es lo que pasa?

CHAMBELÁN.- (Que apenas puede hablar.) El mandatario...

REY.- ¿Ha vuelto el mandatario?

CHAMBELÁN.- Acaba de llegar, pero sin San Jorge.

REY.- ¿Acaso no dio con su paradero?

CHAMBELÁN.- No fue fácil, pero sí que lo encontró. Sin embargo, por más que trató de convencerle, no consiguió que viniera en nuestro auxilio.

REY.- Sí es fatalidad.

CHAMBELÁN.- Y si fuera eso solo...

REY.- Habla, ¿qué más ocurre?

CHAMBELÁN.- El dragón.

REY.- ¿Ha vuelto a insolentarse?

CHAMBELÁN.- Por lo visto, María no volvió anoche a casa. Y todo hace pensar que hay a sido el dragón.

REY.- (Que no lo puede ni concebir.) ¿Crees que ha vuelto a cobrarse el tributo?

CHAMBELÁN.- Es lo que parece.

REY.- Pero eso es horrible.

(Entra el VIEJO CONSEJERO.)

VIEJO CONSEJERO.- (Alarmado.) Majestad.

REY.- ¿Estáis al corriente de lo que sucede?

VIEJO CONSEJERO.- Terrible. Vine en cuanto lo supe. (Al CHAMBELÁN.) ¿Habéis dado la alarma?

CHAMBELÁN.- Todo el reino la busca, mas sí, como parece, el dragón montó en cólera al saber nuestros planes, mucho me temo que poco podremos hacer.

REY.- ¿No estarás tratando de relacionar nuestro intento de traer a San Jorge con la desaparición de María?

CHAMBELÁN.- Parece lógico pensar que si tratamos de exterminarlo...

VIEJO CONSEJERO.- Por desgracia, no es la primera vez que ocurre una cosa así.

REY.- Cierto.

CHAMBELÁN.- Aun así, yo no pasaría por alto la coincidencia.

REY.- Puede, sí, que actuar entrañe un riesgo, pero algo habrá que hacer. Es que no es solo la pestilencia, ni basta con taparse la nariz. No, no es la fetidez, sino los hechos que la producen, lo que hay que resolver. Probablemente, esa niña esté muerta, y nosotros, ¿qué hacemos, eh? ¿Qué hacemos?

CHAMBELÁN.- Es terrible lo que voy a decir, pero ella sabía que no debía bajar. Lo sabía. Como sabía que no debía tomar pastillas. Y aun así, lo hizo.

VIEJO CONSEJERO.- ¿Estás diciendo que le estuvo bien empleado?

CHAMBELÁN.- No, no. No he dicho eso. Pero es que es así. Y no está de más tenerlo presente. ¡Está prohibido! ¡Prohibido! Si hicieran lo que se les manda, no les pasaría nada.

VIEJO CONSEJERO.- O sea, que el dragón solo mata a los que no obedecen. **(Con sarcasmo.)** Entonces no es tan grave. Vamos, que hasta interesa.

REY.- ¡Basta ya!

CHAMBELÁN.- ¿Estáis insinuando...? **(Señalándolo con el pergamino.)**

REY.- ¡Basta, he dicho! No arreglaremos nada discutiendo. (**Al advertir que el CHAMBELÁN lleva un pergamino.**) ¿Y ese pergamino?

CHAMBELÁN.- Ah. Es un escrito que os envía San Jorge, sin duda, de disculpa.

REY.- Dejadme ver. (**Y tras coger el pergamino, lo desenrolla y comienza a leer.**) “Cada ciudad, también cada persona de las que en ella habitan, es acosada por un dragón que la infecta y que la devora. Y no hay criatura humana de las que son sobre la faz de la tierra capaz de doblegar en solitario a tanta fiera. Que esta de exterminar dragones es empresa que precisa de todas las voluntades; que si a todos aflige su fiereza y todos hallaremos sosiego con su exterminio, es de suyo que a todos nos incumba sucumbirlos”.

CHAMBELÁN.- Interesante, muy interesante. Aunque convendría sopesarlo.

VIEJO CONSEJERO.- Sorprende cómo de época tan oscura pueda llegarnos tanta claridad.

CHAMBELÁN.- Yo, majestad, no pasaría por alto el que no haya venido en vuestro auxilio.

REY.- Cierto, sí, que no acudió en persona, pero su escrito alentándonos a ser los vencedores de nuestros propios dragones es una ayuda, no por pequeña, menos decisiva; que nada fortalece tanto nuestro ánimo como saber que contamos con grandes aliados en los más recónditos confines de la memoria.

CHAMBELÁN.- Majestad, los apoyos históricos, no digamos ya los legendarios, no valen de mucho frente a los dragones en activo. Contáis conmigo para lo que emprendáis, pero yo no rompería el ten con ten sobre el que se asienta nuestra prosperidad.

REY.- ¿Con María atrapada entre sus garras me hablas de prosperidad?

(Y la pregunta queda en el aire. E inmóviles, mantienen la mirada, mientras la intensidad de la luz desciende hasta el oscuro.)

Escena Quinta

Cabizbajos, TERE y MARTÍN están echados en la escalera, cuando entra BUENO muy alterado.

BUENO.- Lo sabéis, ¿no?

TERE.- Pero si estuvo con nosotros.

MARTÍN.- Nos abrimos al salir de la disco.

BUENO.- Pues no ha vuelto en toda la noche.

TERE.- Ya.

BUENO.- Su vieja me llamó por si yo sabía algo.

MARTÍN.- Teníamos que haber ido con ella.

BUENO.- ¿Pero es que sabéis a dónde fue?

MARTÍN.- Sí, claro, bajó a la alcantarilla.

BUENO.- Lo que me temía.

TERE.- Bueno, es lo que dijo, y pensamos que iría.

BUENO.- ¿Pero por qué fue sola?

MARTÍN.- Verás, nosotros es que no podemos.

BUENO.- ¿Y eso?

MARTÍN.- Le... debemos dinero. Nos dio un frasco, y eso vale una pasta.

BUENO.- ¿Tenéis trampas con el Merca?

MARTÍN.- Bueno, sí, pero...

TERE.- Es que andamos tiesos, y no veas cómo se las gasta.

MARTÍN.- No es que sea mal tipo, que él se enrolla, pero como le aprietan...

TERE.- Y él, pues claro...

BUENO.- Qué marrón, tíos, qué marrón.

MARTÍN.- No tenía que haber ido.

TERE.- Mira que se lo dije: ándate con ojo.

MARTÍN.- Ha sido culpa nuestra, no tenía que haber ido.

BUENO.- Dejaos de eso. Ahora lo que hay que hacer es buscarla.

MARTÍN.- Sí, ¿pero dónde?

BUENO.- ¿No fue a ver si pillaba?

TERE.- Eso dijo.

MARTÍN.- Bueno, tampoco tenía pasta, pero fue a ver si el Merca le pasaba algo.

BUENO.- Pues venga, vamos.

MARTÍN.- ¿A la alcantarilla?

BUENO.- Sí, ¿a qué esperamos?

MARTÍN.- Verás, es que no es fácil.

BUENO.- ¡Pero por qué?

MARTÍN.- Te lo he dicho, tío, le debemos; y esa gente no se anda con bromas.

TERE.- Es que no tenemos, pero vamos, nada.

BUENO.- Yo, algo tengo.

MARTÍN.- Además, el dragón... debe andar furioso.

BUENO.- ¿El dragón?

MARTÍN.- Bueno, eso dicen.

BUENO.- ¿Pero en qué quedamos? ¿No decías que no había?

MARTÍN.- Tío, yo ya no sé nada.

TERE.- Tiene razón Bueno. Hay que ir, pase lo que pase.

MARTÍN.- ¿Lo que pase? Aquello debe estar así de alguaciles. Como para dejarse ver.

TERE.- ¿No irás a echarte atrás?

MARTÍN.- Pues sí, tía, me da cosa.

TERE.- Toma, y a mí, pero hay que ir.

MARTÍN.- Es que es todo, tío, todo. (**Muy afectado.**) Todo es una puta mierda.

BUENO.- Sí, tío, pero ahora lo que hay que hacer es buscarla. (**Pausa.**) Tenías que haber oído a su vieja.

TERE.- No, si también nos llamó a nosotros, por si sabíamos algo.

MARTÍN.- ¡Es que es muy fuerte! ¡Muy fuerte, tío, muy fuerte!

BUENO.- ¿Vamos, entonces?

MARTÍN.- Como le hayan hecho daño... (**Y aprieta los puños.**) Venga, vamos.

TERE.- Sí, no perdamos más tiempo.

BUENO.- Claro, tía.

(Salen los tres precipitadamente, y la luz se concentra en el teatrillo de marionetas, que abre sus cortinillas alegremente. Y así, en la penumbra de la sala de estar, sentada en una silla y con el cuerpo echado sobre la mesa camilla, vemos, iluminada por un único rayo de luz, a la MADRE DE MARÍA, que, tras una pausa, se incorpora lentamente, vuelve la cabeza hacia el público y mantiene en silencio su mirada interrogante, hasta que, alegremente, vuelven a cerrarse las cortinillas, al tiempo que se hace el oscuro.)

Escena Sexta

En la penumbra de la alcantarilla, vemos avanzar al CHAMBELÁN precediendo al REY y al VIEJO CONSEJERO, este más rezagado. Y los tres con faroles.

REY.- (Al dar un traspies.) ¡Ay!

CHAMBELÁN.- ¡Cuidado!

REY.- (Sacudiendo el pie, con asco.) Creo que he metido la pata... en una poza.

CHAMBELÁN.- ¿Os habéis hecho daño?

REY.- En la dignidad.

VIEJO CONSEJERO.- Un sitio realmente repugnante.

REY.- (Corrobora.) Repugnante.

VIEJO CONSEJERO.- Y que se atreven a venir a un sitio así.

CHAMBELÁN.- Pues no será porque no lo tienen terminantemente prohibido.

VIEJO CONSEJERO.- Tal vez no sea suficiente.

CHAMBELÁN.- Mano dura. Mucha mano dura es lo que hace falta.

VIEJO CONSEJERO.- No sé, habría que explicarlo.

CHAMBELÁN.- ¿Explicarlo? ¿Hace falta explicar lo mal que huele?

REY.- Haya paz. Que no nos conviene ir divididos. **(Que andaba rebuscando por el suelo.)** ¿Y esto? Aquí hay un zapato.

CHAMBELÁN.- Dejadme ver.

VIEJO CONSEJERO.- Podría ser de María.

CHAMBELÁN.- **(Cogiendo el zapato.)** Bueno, aquí tiran de todo. **(Y lo deja caer.)**

REY.- Mirad, y un trozo de tela. **(Lo coge y lo observa.)**

VIEJO CONSEJERO.- Sí, puede que estemos cerca.

CHAMBELÁN.- No digo yo que no; lo mismo es de ella... En fin, no sé.

REY.- **(Indicando.)** Vayamos en esa dirección.

CHAMBELÁN.- Majestad, por ahí ya hemos pasado antes.

REY.- ¿Seguro?

VIEJO CONSEJERO.- Yo creo que es por allí.

CHAMBELÁN.- Sí, vamos.

REY.- De acuerdo. No perdamos más tiempo. **(Y según sale.)**
¡María! ¡María! ¡María!

(Uno tras otro, se adentran por la galería, y aún se les oye llamándola a lo lejos cuando, por otra de las alcantarillas, entran BUENO, TERE y MARTÍN.)

TERE- ¿No oís? Es como si la estuvieran llamando.

MARTÍN- Para mí que son los alguaciles, que estarán dando una batida.

BUENO- ¿Queda mucho?

MARTÍN- No. Bueno, por aquí es por donde se suele poner el Merca.

BUENO- Venga, pues llámalo.

MARTÍN- Hay que tener cuidado, no sea que llamemos al Merca y vengan los alguaciles.

BUENO- ¿Cuidado? También tú... ¡Merca! ¡Merca!

MARTÍN- Tío, no lo llames.

BUENO- ¿Cómo que no lo llame? Hemos venido a verlo, ¿o no?

TERE- Martín, tío, ¿pero cómo no lo vamos a llamar? ¡Merca! ¡Merca! ¡Somos nosotros!

MARTÍN- Lo que tenemos que hacer es buscarla y dejarnos de líos.

BUENO- Habrá que preguntarle. Lo mismo ni vino.

MARTÍN- ¿Pero cómo no iba a venir?

TERE- Mirad, aquí hay un zapato.

BUENO- A ver.

TERE- (**Alarmada.**) De ella, seguro.

BUENO- Tranquilos, no nos precipitemos.

TERE- (**Muy excitada.**) ¡Tío, es de ella! ¡Es de ella!

MARTÍN- Deberíamos pedir ayuda.

BUENO- Ha tenido que ser el Merca.

TERE- ¿Qué le han hecho? Di, ¿qué le han hecho?

MARTÍN- Se le pudo caer.

BUENO- Claro que se le tuvo que caer, pero lo habría cogido.

TERE- (**Enfurecida**.) ¡Merca! ¡Merca!

MARTÍN- Que te va a oír.

TERE- ¡Que venga si se atreve!

MARTÍN- ¿Pero qué te pasa?

TERE- La ha matado, tío. (**Llorando**.) La ha matado, seguro.

BUENO- Tía, contrólate. Lo mismo la han raptado. No sé, tendríamos que hacer algo.

TERE- (**Creciéndose de nuevo**.) ¡Merca, ven si eres hombre!

MARTÍN- Tía, no te pases, que nos la buscamos.

BUENO- ¿Queréis escucharme, a ver qué hacemos?

MARTÍN- Yo... yo me largo.

TERE- ¿Estás loco? ¿Y dejarla aquí?

BUENO- Sí, tiene razón Martín, es mejor volver y pedir ayuda.

(Pasos y ruidos que se aproximan.)

REY- (**Fuera**.) ¿Quién anda ahí?

MARTÍN- ¿Ves? Parece que nos han oído.

BUENO- Sí, ¿pero quién?

CHAMBELÁN- (**Fuera**.) Alto en nombre de la ley.

MARTÍN- Vamos, rápido, los alguaciles. (**Y sale a la carrera**.)

BUENO.- ¿Pero... no íbamos a buscarlos?

TERE- Sí, pero no aquí. Que te la cargas.

BUENO.- ¿Qué me la cargo? ¿Pero por qué?

TERE- Que no te enteras, tío, que está prohibido. **(Y ya corriendo.)** ¡Vamos! ¡Corre!

BUENO.- Pues claro que está prohibido. Eso ya lo sabíamos.

CHAMBELÁN.- **(Según entra.)** ¡Alto ahí!

REY.- **(Que entra tras el CHAMBELÁN.)** ¿Quién eres tú?

BUENO.- ¿Yo?

CHAMBELÁN.- ¡Sí, tú!

BUENO.- Soy Bueno.

CHAMBELÁN.- Conque Bueno, ¿eh?

VIEJO CONSEJERO.- **(Que llega ahora.)** O sea que tú eres Bueno.

BUENO.- Sí, señor.

VIEJO CONSEJERO.- Lo conozco. Sé quién es. Saca muy buenas notas.

CHAMBELÁN.- **(Con sorna.)** Vaya vaya vaya. O sea que un empollón. **(Y le inquiera.)** ¡Y puede saberse qué es lo que hace aquí un empollón?

BUENO.- Yo... verá...

CHAMBELÁN.- ¡No sabes que está prohibido?

BUENO.- Sí, bueno...

CHAMBELÁN.- ¡Di!, ¿es que no lo sabes?

REY.- Pero déjalo contestar.

BUENO.- Hemos venido a buscar a María.

REY.- ¿Hemos? ¿Dónde están los otros?

BUENO.- Por ahí. Nos... nos hemos dividido.

CHAMBELÁN.- Dividido, ¿eh? (**Apremiante.**) ¿Y puede saberse por qué la buscáis?

BUENO.- Su vieja nos dijo que no había vuelto a casa.

CHAMBELÁN.- ¿Su vieja? Bonita manera de hablar. Mano dura, es lo que necesitan.

REY.- ¿Quieres no asustar al chico?

BUENO.- (**Iluminando al CHAMBELÁN con su linterna.**) Pero... pero... yo a usted le conozco.

CHAMBELÁN.- ¿A mí? De qué me vas a conocer tú a mí. ¡Y aparta esa linterna!

BUENO.- Lo he visto solo una vez, y hablaba de otra manera, pero sí, es el Merca.

REY.- ¿El Merca?

BUENO.- También vestía más guarro. Pero es él, seguro.

CHAMBELÁN.- ¿Guarro yo?

REY.- ¿Pero puede saberse qué es eso del Merca? Este es mi Chambelán.

VIEJO CONSEJERO.- Majestad, el Merca es un camello.

REY.- (**A BUENO.**) ¿Estás diciendo que mi Chambelán es un camello?

BUENO.- ¡Tere! ¡Martín! ¡Venid, que está aquí el Merca!

CHAMBELÁN.- ¡Bueno, ya está bien de majaderías! Y no te consiento que sigas alterando el orden público.

REY.- Un momento, un momento. Deja al chico que altere todo lo que quiera y explícame tú eso de que eres un camello.

CHAMBELÁN.- Majestad, ¿va a dar crédito a un... alcantarillero que lo único que quiere es desacreditarme?

REY.- Pues mira, no sé qué decirte.

BUENO.- Deje que vengan mis amigos, y verá como es verdad. Que ellos lo conocen más que yo. **(Volviéndose hacia la galería.)** ¡Tere! ¡Martín!

TERE.- (Desde fuera.) ¡Estamos aquí!

MARTÍN.- (Por lo bajo, también desde fuera.) ¿Te quieres callar?

CHAMBELÁN.- ¿Ve? Estaban escondidos. Son todos de la misma calaña.

REY.- ¡Venid! ¡Acercaos!

CHAMBELÁN.- Sí, venid, que se os va a caer el pelo.

REY.- ¿Quieres dejar ya de amenazar a todo el mundo? **(A la galería.)** Y vosotros, tranquilos, que no os va a pasar nada.

BUENO.- Venga, no tengáis miedo.

TERE.- (Asoma la cabeza, temerosa.) ¿Quiénes son?

VIEJO CONSEJERO.- Ven, acércate.

MARTÍN.- (Según entra, también temeroso.) Hola, Merca. ¿Y estos?

REY.- (Al CHAMBELÁN.) Conque Merca, ¿eh?

MARTÍN.- Perdona, tronco, pero es que estamos tiesos.

REY.- ¿Tronco? ¿Tiesos? ¿Se puede saber qué jerga es esa?

VIEJO CONSEJERO.- Tronco es tío.

REY.- ¿Tío? **(Extrañadísimo.)** ¿Es tu sobrino?

CHAMBELÁN.- ¿Cómo va a ser mi sobrino? Yo no lo conozco de nada.

MARTÍN.- ¿Que no me conoces?

TERE- ¿Que no nos conoces? ¿No sabes quién soy yo?

BUENO.- Pues claro que nos conoce.

TERE- ¿Y a María? ¿Tampoco conocías a María?

REY.- ¿Conocías a María?

CHAMBELÁN.- (**Perdiendo la compostura**.) ¿Pero, pero... pero cómo voy yo a conocer a estos renacuajos?

BUENO.- Majestad, está mintiendo, es un embustero.

TERE.- Sí, él es quien nos pasa las pastillas.

VIEJO CONSEJERO.- (**Compungido**.) ¿Tú tomas pastillas?

TERE.- Bueno...

CHAMBELÁN.- ¿Ve? Es una pastillera. ¡Quedas detenida!

MARTÍN.- Sí, y yo también tomo, y María. Ella vino por eso. A por pastillas. Y si dejamos que viniera sola, es porque estamos tiesos.

REY.- (**Tratando de ordenar las ideas**.) A ver, a ver.

VIEJO CONSEJERO.- (**Al REY**.) Estar tieso es no tener dinero.

REY.- ¿Y para qué os hacía falta dinero? ¿Para venir aquí?

TERE.- Tenemos una trampa. Bueno, que le debemos.

REY.- Un momento, un momento, que yo me entere. (**Al CHAMBELÁN**.) ¿Estos niños te deben dinero?

CHAMBELÁN.- No, no, nada. Qué tontería, pero cómo me van a deber...

MARTÍN.- Tío, ¿pero por qué mientes?

REY.- Qué atropello, sacándole el dinero a unos niños. Con razón quería que montara a caballo o que me diera una vuelta en globo.

CHAMBELÁN.- Majestad, yo...

REY.- Es el colmo. ¡Un alto mandatario de Palacio!

VIEJO CONSEJERO.- Suele ocurrir, para nuestra vergüenza.

REY.- (Volviéndose enérgico hacia el CHAMBELÁN.) ¿Y María?

CHAMBELÁN.- No, no, yo no sé nada. ¿Pero cómo iba a hacer yo una cosa así?

REY.- ¡Calla! No digas nada delante de los niños. Y salgamos de aquí.

BUENO.- Pero, ¿y María?

TERE.- Sí, tenemos que encontrarla.

MARTÍN.- Que diga dónde la tiene.

VIEJO CONSEJERO.- Hijos, es mejor que salgamos de aquí.

CHAMBELÁN.- Bueno, si yo... Mejor salgamos.

REY.- Tú te subes conmigo.

(Y cuando todos se disponen a iniciar la subida, el CHAMBELÁN aprovecha para salir huyendo por las alcantarillas.)

BUENO.- ¡Que se escapa! ¡Que se escapa!

REY.- Dejadle ir. No llegará muy lejos.

MARTÍN.- Pero él sabe dónde está María.

REY.- Ven, hijo, vámonos arriba.

TERE.- ¿No le habrá pasado nada malo?

VIEJO CONSEJERO.- Ahora... ahora os contamos lo que ha pasado.

(Y cerrándose el frontal del estrado, se ocultan en las alcantarillas.)

Escena Séptima

Ya en Palacio, el REY y el VIEJO CONSEJERO con BUENO, TERE y MARTÍN.

VIEJO CONSEJERO.- María ha muerto.

MARTÍN.- No.

TERE.- ¿Pero cómo? **(Y rompe a llorar.)**

BUENO.- ¿Muerta?

MARTÍN.- ¿La han matado?

REY.- Descubrimos su cuerpo justo antes de que nos encontráramos.

BUENO.- ¿Pero cómo ha sido?

VIEJO CONSEJERO.- Probablemente fueron las pastillas.

TERE.- **(Saca un puñado de pastillas del bolsillo y las estrella contra el suelo.)** ¡Malditas pastillas!

VIEJO CONSEJERO.- Haces bien, que así es.

MARTÍN.- O sea que fue el Merca.

BUENO.- ¿Entonces... el Merca es el dragón? Tenemos que cogerlo.

REY.- Pagará sus crímenes. De eso podéis estar seguros.

BUENO.- Tenemos que matar al dragón.

VIEJO CONSEJERO.- Sí, y no va a ser fácil, por sus muchas cabezas.

MARTÍN.- Lo venceremos

TERE.- Sí, pero ahora lo que hay que hacer es salvar a María. Claro. Podríamos ir a rescatarla.

REY.- ¿A rescatarla? No, no es posible.

BUENO.- Algo se podrá hacer.

REY.- Está muerta.

VIEJO CONSEJERO.- No es posible hacer nada.

BUENO.- ¿Nada?

VIEJO CONSEJERO.- Con la muerte no valen remedios.

TERE.- Pero hemos desenmascarado al dragón.

REY.- Sí. Gracias a vuestra ayuda...

TERE.- Y vamos a luchar.

BUENO.- Sí, vamos a luchar.

MARTÍN.- Vamos a vencerle.

REY.- De eso podéis estar seguros.

TERE.- Entonces, ¿por qué no podemos salvar a María?

VIEJO CONSEJERO.- Hija, verás...

REY.- Entendedlo: no es posible.

MARTÍN.- Pero en los cuentos todo es posible.

TERE.- Claro.

BUENO.- Lo mismo que viene el dragón y la mata, ahora viene San Jorge y la salva.

TERE- Eso, San Jorge. Vamos a buscarlo.

REY- San Jorge no puede venir.

TERE- ¿Y eso?

REY- Murió luchando contra la podredumbre que había en su ciudad.

TERE- ¿Y por eso no puede venir?

REY- Ahora puede parecer un cuento, pero debió ser terrible.

MARTÍN- ¿No es usted el Rey? Pues dígame que venga.

VIEJO CONSEJERO- Cada cual debe hacer frente a sus propias fieras.

REY- Es lo que me escribió en un pergamino. La verdad es que yo tampoco lo entiendo muy bien.

TERE- No lo entiende porque usted es mayor y no sabe de cuentos, pero esto en los cuentos se arregla, vamos que si se arregla.

BUENO- Un fogonazo, aparece San Jorge y...

TERE- No, no. Antes, un caballo. A lo lejos se escucha un caballo.

(Y realmente se escucha un caballo al galope.)

BUENO- Es verdad.

TERE- Un caballo al galope.

BUENO- Es San Jorge, seguro.

TERE- San Jorge que viene a salvarla.

BUENO- ¿Ve cómo sí es posible?

MARTÍN- Sí, tío, qué alucine.

VIEJO CONSEJERO.- En los cuentos, sí, en los cuentos hay caballos que vienen al galope, y hay fogonazos, y hay alucine, pero aquí no.

(Y se aleja el caballo hasta perderse.)

TERE.- ¿Pero por qué?

VIEJO CONSEJERO.- Pues porque esto no es un cuento.

MARTÍN.- ¿No es un cuento?

VIEJO CONSEJERO.- No. Y es muy duro, lo sé. Pero esto no es un cuento.

(Y permanecen inmóviles hasta que se hace el oscuro o cae el telón.)